

Biblioteca Films

LA LINEA GENERAL

NÚM.
439

25
CTS.



Cuadro Artístico de los Soviets Rusos

EISENSTEIN, Sergei M.

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACÍA

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA. 234 APARTADO 707 BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARÁ, NÚMEROS 14 Y 16

APARECE LOS MARTES

AÑO VIII

NÚM 439

LA LINEA GENERAL

(GENERALYA LINYA, 1926)
Cuadro simbólico de las sociedades soviéticas,
interpretado por el

Cuadro Artístico de los Soviets Rusos

Narración literaria de JOSÉ REYGADAS

EXCLUSIVAS

FEBRER Y BLAY

Rbla. Cataluña, 118 Barcelona

Argumento de dicha película

EL HOMBRE RUSO

I

Un pueblo. Un pueblo ruso. Desparramadas en el llano, aquí y allá, sin orden, como plantadas provisionalmente en la tierra y a merced de todos los vientos y los climas, chozas construidas por manos inexpertas.

Por sus agujeros entra el frío. El agua, removiendo el suelo, ha formado charcos en su interior, y toda clase de parásitos corre por sus maderas carcomidas.

Más que un pueblo, parece amplio terreno donde acamparon diversas caravanas trashumantes.

Cuando se dilata la mirada ésta se pierde sin divisar otro lugar. Todo es campo estéril. Ni un árbol, ni una flor silvestre, ni un regato, ni una acequia, ni nada que denote que la planta del hombre estuvo allí.

Bajo el cielo frío el campo se extiende desolado, yerto, en incalculables leguas de distancia.

En aquel pueblo no hay caballerías. No hay ganado lanar. No hay ganado bovino. No hay utensilios de labranza. No hay apéros. La gente que vive—si allí puede vivir—aprende a morirse poco a poco, con la resignación estoica de la raza eslava, que ve venir la muerte con los ojos estáticos y el alma detenida.

se—aprende a morirse poco a poco, con la resignación estoica de la raza eslava, que ve venir la muerte con los ojos estáticos y el alma detenida.

Dentro de las chozas la vida es de una primitividad que causa espanto. Ved a este hombre que está tendido boca arriba, sobre unas tablas duras. Tiene el rostro atezado, la barba espesa y entrecana, alborotado el cabello, hirsuto y abundante.

Cuando se despereza, antes de tirarse del miserable lecho, dedicase a espantar los bichos que le corren por la piel. Pulgas y piojos han tomado su rostro como campo por donde andar más libremente, y al despertarse, a manotazos, como puede, se los quita.

Cuando, más tranquilo, da en el suelo con los pies desnudos y roñosos, se le hunden en el fango. Pero, insensibilizado, no siente la humedad. Se diría, que su cuerpo galvanizado, endurecido y resistente, tiene una costura que le inmuniza por completo del frío, del agua y del calor.

Más que hombre es una bestia. Su cerebro embotado no conoce la condición de su alma, esclava de una organización social, que no le concede privilegios humanos de justicia.

Es un campesino a quien el Estado de su país sostiene en la ignorancia deliberada y sagazmente. Para este ser no hay instrucción, ni ayuda, ni piedad. Igual da que mue-

ra o que siga viviendo como vive. Lo importante es que no se entere de que es hombre, que tiene derecho, como todos, por el solo hecho de vivir, a la protección de su Gobierno.

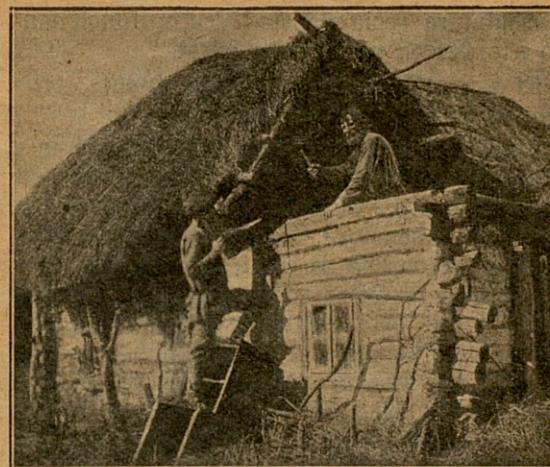
Este hombre tiene un pedazo de tierra que labrar.

MARFA

Es rudo el trabajo. Como en el pueblo no hay ni un caballo que tire del arado, los hombres hacen las veces de animal, abriendo el surco de la tierra.

El arado también es de su invención. Lo han construido con palos atados fuertemente y atravesados entre sí. Un hombre tira de él. Se ve el tremendo esfuerzo que contrae sus músculos, hinchando sus nervios y su tórax.

Entre un joven y un viejo concierto una apuesta. Se trata de ver quién labra más y es más resistente. Empieza la lucha, animada por otros campesinos. Las mujeres presencian el combate.



En las chozas, la vida era primitiva.

—¡Duro!

—¡Que te gana!

—¡Adelante!

—¡Ahora!

—¡Te pasó!

Ellos arrastran el arado sudando por todos los poros de la piel.

El muchacho es rubio, tiene los ojos claros e inocentes. El viejo es cincuentón. Su carne sarmentosa muestra en el esfuerzo la

musculatura recia de sus bíceps, funcionando acordes en un impulso igual.

El espectáculo es triste, repugnante, propio de bestias, no de hombres.

Entre las mujeres destaca Marfa. Es una mujer voluntariosa. Pártese su frente en una línea enérgica. Viste de luto. Presencia la apuesta, silenciosa, abatida, contristada. Tras sus ojos, claros e inteligentes, sus pensamientos también sostienen otra lucha. Aquello que está viendo es injusto y cruel. Un caballo remediaría la humillante escena en que dos hombres tirando del arado suscitan la hilaridad de aquel concurso de pobres campesinos, que rien sin alcanzar su humillación.

Propónelles la compra de un caballo.

—¡Un caballo! — murmura el viejo, sorprendido.

—Sí, un caballo—grita Marfa—. Reuniremos los ahorros que tengamos.

—Yo tengo muy pocos—dice el joven.

—Buenos son—exclama ella—. Es necesario que todos pongamos nuestra parte.

—¡Un caballo!

—¡Un caballo!

Ciertamente, un caballo solventaría el duro problema de labrar. Sería para cada uno y de todos.

—Con él —añade Marfa— mirando, bus-

cando el asentimiento de los hombres—evitaremos esta situación insostenible.

—Pues lo compraremos.

Cada cual se hurga los bolsillos, desparpando encima del delantal de Marfa, sus ahorros.

—Poco hay.

—¿Qué haremos?—murmura la campesina desolada—. Con esto no hay bastante. Se me ocurre una idea.

Los hombres prestan atención.

—Tal vez si se lo pidieramos a Winkovich...

—¡Eso! ¡Eso!

—No querrá darlo.

—¡Es un canalla!

—Se lo pagaríamos en plazos.

—Le adelantaríamos una cantidad.

—Anda tú, Marfa, tú que eres valiente.

—Si lo soy, que como tuviera que fíarme de vosotros...

Winkosich es el único rico del lugar. Vive algo lejos. Para llegar hasta su casa se han de andar cuatro kilómetros de tierra endurecida por el sol.

—Bueno, iré.

Y Marfa toma el camino, resuelta a comprar el caballo a Winkovich. No se fía mucho. Conoce su corazón endurecido, su alma negra. Pero ofreciéndole dinero adelantado

tal vez se ablande y quiera venderles el caballo.

Bajo el sol, en medio del camino, Marfa parece una mancha negra y angustiosa. Y anda y anda... Aquella mujer, cuyas energías son tan grandes, está exenta de egoísmos. Seguramente no conoce ni el egoísmo del amor. Marta es fea. Sólo sus ojos anchos y abismados embellecen su cara de facciones sin encanto, sin líneas delicadas. Su cuerpo no es armónico, hay una infinita tristeza en todo él.

De cuando en cuando descansa a la linde del camino amparada por la sombra de un árbol protector. Llega sudando, jadeante.

—¿No está el amo?—pregunta a un criado que está trabajando en el zaguán.

—No se ha levantado todavía.

—Avísale.

—Puedes entrar. No querrá levantarse.

En todo lo que su vista abarca ve un campo magnífico. El trigo es una bendición de dorado y lozano. Vacas y bueyes pastan más allá. La casa, enjalbegada, es de dos pisos. Gallinas y polluelos picotean. Un gallo soberbio circula majestuoso con la roja cresta levantada.

Marfa atraviesa el zaguán y da en una ancha pieza donde el labriego sobre una cama,

que más parece un catafalco, reposa con los ojos abiertos y adormilados todavía.

Es un hombre de brazos extraordinariamente gruesos. Rebosa una salud molesta e insultante.

—¿Qué quieres?—murmura sin inclinarse en la cama tan siquiera.

—Allá hemos reunido—dice Marfa— algún dinero. Necesitamos un caballo. Si quieres vendernos uno de los tuyos, el resto te lo iremos dando poco a poco.

—Yo no vendo así.

—Los hombres—insiste la mujer—, para labrar han de fabricarse ellos mismos los arados. ¡Pena da verlos hincarlos en la tierra y tirar, que más parecen bestias y no humanos! Tú si quieres podrías ayudarnos. Winkovich.

—No vendo de ese modo. Si queréis un caballo tenéis que pagarlo de una vez.

Desalentada, Marfa, inclina la cabeza y deja a Winkovich. En la puerta encuentra a su mujer. Se parece en todo a su marido. Es ancha, fondona, magra, de una repugnante obesidad.

—¿Qué hay, Marfa?

—Nada; vine a ver a tu marido. Quería que me vendiese algún caballo.

—¿Y no quiso?

—No.

¡Para qué darla más explicaciones!

Desanda el camino con el dolor en el semblante. Es medio día. Cae el sol como plomo derretido. Hierve la tierra. Marfa mira al cielo.
—¡Señor ¿por qué nos abandonas de este modo?

EL SOVIET

Por todo el lugar corre la nueva. Ha estallado la revolución en el país. Los campesinos, como locos, corren de una a otra parte con la noticia, contando los más sangrientos hechos. El Zar ha sido asesinado. Se ha proclamado la República Social.

—¡Ahora tendremos qué comer!—dice Marta tendiendo la ancha mirada de sus ojos.

El dolor ha desaparecido de repente. Viejos y jóvenes se abrazan. Las mujeres, antes abatidas y agobiadas, sienten un repentino despertar, y sus conciencias, entontecidas, amorfadas, se estremecen en un luminoso resplandor.

Algunos no creen lo que oyen.

—Nuestra pobreza acabará.

—Seremos hombres; no animales.

—Se acordará de nosotros el Gobierno.

—Viviremos.

¡Vivir! ¡Cuán poco piden! Todos vivían, y ellos no. Los animales que guarda Winkorvich tenían más suerte que aquellos campesinos.

—Compraremos caballos para que nos labren la tierra y los pagaremos según como podamos.

—Tendremos tractores.

—Y un toro.

—Es verdad. ¡Un toro también!

—Y máquinas agrícolas.

—Y una granja.

—Winkorvich no presumirá como presumíe.

Por el camino, un hombre, desconocido para todos, avanza hacia el lugar. No es un campesino. Calza botas altas. Se cubre con una gorra de vicera. Bajo el brazo trae una cartera de charol.

—¿Quién es?—inquieren algunos, queriendo recordarle.

—No lo sabemos.

—Marta ¿le conoces?

—Yo no.

Aquel visitante parece traer con su presencia el bienestar. Nadie sabe de él y sin embargo se presiente que será venturosa su visita.

—Salir a recibirle—dice Marta.

Y los hombres se precipitan a su encuentro.

Es un delegado del gobierno. Un trabajador inteligente, activo, entusiasta de la República Social. Como tantos hombres de su clase sufrió persecuciones del régimen zarista, estuvo deportado en la zona siberiana, mas su ánimo no desmayó con la lucha ni desesperanzó en el triunfo proletario.

Va recorriendo las aldeas, enterándose de las necesidades campesinas. Cuando llega, sus ojos se horrorizan de ver tanta miseria.

—¿Cómo podéis vivir así?

—Ya ves. Nadie se acordaba de nosotros. Entran en una especie de chavola fabricada con viejos materiales.

—Hay que instituir el soviet.

Marta se adelanta.

—¿Y cómo pagaremos?

—El Gobierno os prestará cuanto necesitéis para labrar la tierra.

—Necesitamos un caballo.

—Arados.

—Un toro.

—Tenemos una vaca, ¿sabes tú?

—Y necesitamos un toro.

Marta exclama:

—Nuestro deseo sería crear una Cooperativa Agrícola y no tener que comprar nada a Winkovich.

—¿Quién es Winkovich?

—El burgués.

—Crear la Cooperativa—murmuró el delegado. Yo hablaré con el Gobierno. Puede titularse “La línea general”.

Todos asienten.

—Pero el toro...

—También tendréis el toro. ¿Quién va a ir por él?

—Yo — responde Marta.

—¿Una mujer?

—Vale tanto como cualquier hombre de la aldea—explica uno al delegado—. La energía que nosotras no tenemos ella nos la da. ¡Si la vieras! Por su voluntad ni viviríamos así. Es resuelta más que ninguno de nosotros.

—Pues que ella compre el toro y se ponga al frente del soviet.

FOMKA

Marta sale de su aldea con un bono que la ha entregado el delegado del Gobierno y se dirige a una granja que hay en la próxima ciudad.

A pesar de sentirse orgullosa de su caso Marta no varía. Es la misma aldeana humilde y vestida pobemente. Su alma entregada a los campesinos por completo, vibra en su

dolor. No ha conocido ni un amor. Pero allí está el amor de sus hermanos, sus necesidades, sus angustias, que debe defender.

Llega a la ciudad, y al entrar en la granja, se emociona. ¡Si sus hermanos pudieran tener todo cuanto de hermoso existe allí!

—¡Eh! Granjero. Aquí traigo este bono del Gobierno.

El granjero revisa el papel.

—¿Un toro?

—Que sea hermoso.

—Lo será.

Y pasan al establo.

—¿Aquel rubio?

—No me gusta.

—¿Y aquel otro, negro?

—Tampoco.

—¿Y aquel zaino?

—Aquel.

Es un animal hermoso, joven, de redondos ojos claros, de ancha y simpática testuz.

—¿Cómo se llama?

—Fomka.

—Me lo llevo.

—¿Quieres que alguien te acompañe?

—No.

—Como quieras. Es un animal todo nobleza.

La alegría que experimenta Marta es igual... ¡Fomka! ¡Fomka! Por el camino va

repitiendo el nombre mientras para hacer andar a Fomka le ofrece unas hojas verdes.

¡Cuando le vean en la aldea! ¡Cómo reirán!

Algunas veces Marta y Fomka descansan y ella habla al animal como si virtualmente la entendiese:

—Tú no sabes cómo te van a recibir—. Vas a ser más festejado que yo... ¡que no lo he sido nunca! Te compraremos un establo donde serás tratado como un príncipe. Vivirás mejor que vivías hasta ahora.

Al llegar a la aldea, hombres y mujeres salen a encontrarlos. Hasta le besan.

—¡Cómo se va a alegrar la vaca!— dice uno.

—Como que ella no soñaría con tener un novio así.

—Fomkà se llama.

Le miran los ijares, le acarician, le pasan las manos por los lomos.

—Es precioso.

—¡Vaya unos cuernos!

—Y qué nobleza.

Parece un toro bíblico de lo prudente y resignado. Como si comprendiese su papel, mira a todos con sus ojos húmedos y dulces. Ni la menor intención de rebeldía.

—¿De modo que os gusta?

—Sí, Marta.

—No te discutió el granjero al entregarlo?

—Nada. Le di el bono y elegí el toro.

—¡Es milagroso!

—No, es natural.

Y conducido por Marta y seguido por los hombres y las mujeres de la aldea, improvisan a Fomka un establo con estacas. Llénanle de paja y Fomka se tiende patriarcal.

LA BODA

Aquella mañana ha de celebrarse con todo regocijo la boda de Fomka con la vaca. Los preparativos han llevado mucho tiempo. Las mujeres, con trapos viejos, han fabricado guirnaldas y lazos llamativos, de rabiosos colores detonantes.

Los hombres han buscado hojas y ramas verdes todavía, frescas aún; y también han construídos moños de trapos y fanfarrias con que adornar al noble Fomka.

Bulliciosa la gente se prepara.

—¿A qué hora es?

—Así que den las ocho y el sol caliente de verdad.

Las que más denotan la alegría son las



Aquella mañana ha de celebrarse la boda...

mujeres, corriendo de un lado para otro. Hablan de Fomka con veneración, con entusiasmo.

—¡Buen mozo es!

—¡Ya estará la vaca contenta del novio!

—Esmeralda tampoco es fea.

—No, pero Fomka tiene una planta que vaya usted con Dios.

Se levanta de pronto un guirigay.

—Ya viene la Esmeralda.

Hacen dos filas para no perder ni un detalle de la salida de "Esmeralda".

—¡Cuanto tarda!

—La estamos poniendo su sombrero.

Y todos se echan a reir.

De súbito reina un gran silencio.

Esmeralda aparece entre la doble fila de mujeres maravillosamente ataviada. En el testuz, que se pierde entre un sin fin de abalorios y cintas de color, brillan sus ojos inteligentes como preguntándose qué motivos hay para que la adornen de este modo.

—¡Esmeralda!

—¡Esmeralda!

—¡Esmeralda!

El animal mira sorprendido. El rabo es una profusión de lazos.

—¿Dónde la llevaremos?

—A aquel prado.

—Pero ¿y si Fomka no la ve?

—Ya la verá. Aunque es noble, no es tonto.

Y empujan a Esmeralda a un prado cuyo vivo esmeralda brilla bajo el sol.

—Ahí.

—No vaya a escaparse.

La pobre Esmeralda se detiene dispuesta al primer sacrificio de su vida.

—Ahora el toro.

—¡Que salga Fomka!

La salida de Fomka levanta una ovación.

¡Qué hermoso viene! Las guirnaldas se enroscan a su lomo. En la misma punta de los buidos e inofensivos cuernos luce dos claveles rojos, emblema de gallardía y de poder. Como el de Esmeralda, su testuz se pierde en una máscara grotesca.

Sale despacio, perezoso, mirando a todas partes, atontado de gritos, sin comprender qué pasa enderredor.

—No la ve.

—Dejadle, que cuando la vea será ella.

—¡Fomka!

—¡Toro!

De pronto sus ojos divisan a Esmeralda. Hay un momento de extrañeza en su actitud contemplativa.

—Anda con ella.

—¡Fomka, duro!

Aquellos gritos le enardecen. Agita el noble testuz y como un rayo echá a correr a emparejarse con su novia.

LA LINEA GENERAL

Comisionada por el soviet Marfa se traslada de nuevo a la ciudad. Lleva un atollo de rameados tonos en una de sus manos. Es la segunda vez que toma un tren. El ruído

de los ejes la produce un malestar físico tremendo, atruena sus oídos, la conmociona vivamente.

Aquella comisión es de las más difíciles para ella. Ha de visitar la oficina del Estado, discutir, precisar todo lo que se necesita en la aldea para la Cooperativa que han formado.

Sin saber por qué siente cierta repulsión por la burocracia. Ha oído que los expedientes se dilatan, que tardan en resolverse, mucho tiempo.

Cuando baja del tren diríjese primamente al delegado del "soviet" que hay en la ciudad con la pretensión de que la guie.

—¿Tardarán mucho? —pregunta.

—No.

—Es que dicen que los expedientes tardan mucho.

—Ya veremos. ¿Tiene usted poco tiempo de estar en la ciudad?

—Poco. La aldea me reclama.

—¿Y aquéllo cómo está?

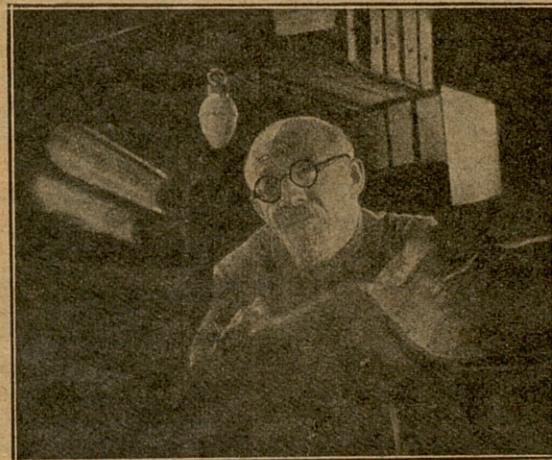
—Distinto por completo.

—¿Y Fomka?

—Tan hermoso. ¿No sabe usted que le casamos?

—¿Sí? ¿Y qué?

—Pues que la vaca ha tenido mucha descendencia.



Un empleado lee un periódico...

—¿Y establos?

—Ya los hay. Gracias a la ayuda del Gobierno.

—Bueno. ¿Vamos?

—Vamos.

El edificio del Estado está en la calle principal. Es magnífico. Otra aldeana se sorprendería ante él mirando su prodigiosa arquitectura. Marfa, no. Todo lo que no sea vivir para el beneficio de la aldea no tiene importancia. Sube las escaleras sin que na-

da llame su atención reconcentrada en sus hermanos nada más.

Al pasar por las oficinas sus sospechas adquieren realidad. Un empleado lee un periódico sin revisar unos documentos que le esperan encima de la mesa. Una mecanógrafa fuma indolente mientras se pinta mirándose en un espejito que ha extraído de su bolso.

Marfa protesta al delegado.

—Aquí no se trabaja.

—Ya trabajarán.

—¿Cuándo?

—Cuando el Gobierno se imponga.

Se colocan junto a una ventanilla. No les atienden.

—Vamos ¿no hay quien nos despache?

La mecanógrafa los mira largamente.

—¿Qué desean?—murmura sin levantarse del asiento.

El delegado hace valer su condición.

—Soy un enviado del Gobierno.

—¡Ah!

Ante aquella declaración la mecanógrafa deja el cigarrillo, el espejo y la barra de carmín.

—Esta aldeana, que es delegado del soviet, necesita máquinas agrícolas.

—¡Ah, ya! Veamos.

—Tractores.



Una mecanógrafa fuma indolente...

—Tractores—escribe la empleada.

—Arados.

—Arados.

—Herramientas.

—Herramientas.

—Maderas para construir granjas agrícolas.

—Maderas para construir granjas agrícolas.

Va enumerando algunas necesidades más de la aldea. Y se despide.

Vuelve al tren.

Como siempre que hace un importante viaje a la ciudad salen a recibirla por el camino que conduce a la aldea.

—Qué tal se han portado?—la preguntan.

—Bien.

—¿Tendremos todo?

—Lo tendremos.

—¿Y tractores?

—Y tractores.

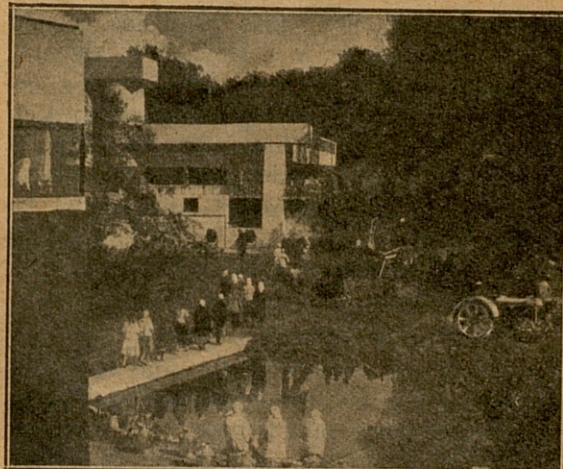
La aldea crece. Esmeralda, de sus relaciones con Fomka, ha dado diez terneros que pastan a placer. Hay leche abundante. A la tristeza de otros tiempos sucede una alegría sana y jovial que ensancha el corazón de los aldeanos esperando tiempos mejores todavía.

Winkovich lo mira todo con rencor.

UN AÑO DESPUES

La vida es otra cosa. Aquellos aldeanos que durante el régimen zarista habían vivido como bestias han sentido que bajo el régimen soviético la vida tiene otro sentido.

Ven su campo y se maravillan de mirarle. Ya los hombres no trabajan la tierra con



...a los establos, granjas limpias, blancas...

el rudo esfuerzo de sus brazos, sino que tienen máquinas que abren surcos y hacen florecer fructífera y gloriosa la semilla.

A las chozas ha sucedido hermosas casas de labor, a los establos granjas limpias, blancas y rientes.

Se trabaja con otra ilusión y otro deseo y otro afán. Marfa recorre el campo animando a los hombres, dando gritos a las mujeres que se retrasan en ir a la faena. No se da punto de reposo observándolo todo, corri-

giendo los detalles más pequeños, siendo siempre la voluntad y el alma de la aldea.

Han hecho un descanso. Los hombres encienden un cigarro de papel, las mujeres en corro se reunen con Márfa y hay un momento de emoción cuando todos dilatan la mirada.

—¡Parece que fué ayer!—dice aquel labrador que un año antes tenía que labrar tirando de un arado de su invención.

—Nadie lo diría—exclama otro.

—Todo se lo debemos a Márfa.

—Todo, no—responde ella—que si el Gobierno no nos hubiera ayudado seguiríamos lo mismo o quien sabe si peor.

—Pero tú—replica una mujer—has sido el hombre de la aldea y que éstos no se enfaden. Por tí, por tu voluntad, tenemos de todo.

—Bueno, dejarla—dice un joven—. Ya sabéis que ella no quiere que se hable de lo que ha hecho ni de lo que ha dejado de hacer. Es demasiado sencilla y el elogio la molesta.

—Es verdad—. Habla el viejo de barbas sarmentosas—. Pero la verdad es que por ella, por su valor y decisión el campo ha florecido y los trigales son una hermosura.

Y añade:

—Claro que tenemos que dar gracias al

Gobierno. Cuando vivíamos bajo el Zar se nos trataba como a bestias.

—No existíamos.

—Algunos esclavos disfrutaban más que nosotros de la vida.

—Es verdad.

Márfa se levanta.

—A trabajar. Ya hemos descansado lo bastante.

Y a su voz todo el mundo se afana en la labor.

EL POBRE FOMKA

—Fomka está enfermo.

—Fomka tiene algo.

—Fomka mugue dolorosamente.

En efecto. El toro no se ha levantado aquella mañana de su establo. A todos los que entran los mira con pupilas tristes y dolientes. Le llaman, quieren ayudarle a levantarse y el animal se resiste a salir del cobertizo.

Un gran sentimiento invade a todos. ¡Si nunca estuvo malo! ¡Si aun ayer correteaba con *esmeralda* por el campo.

¡Ah, qué desgracia!

Las mujeres le miran compasivas acariciéndole el testuz.

—¡Fomka!

—Torito, ¿qué tienes tú, hermoso Fomka?

Y no las conoce. A ninguna. A Marfa que todas las mañanas venía a visitarle y le pasaba la mano por el lomo y Fomka se la lamía agradecido, parece mirarla con ojos implorantes.

—¡Fomka!

Y Fomka no responde.

Durante todo el día no sale de la misma posición. A la caída de la tarde, cuando el trabajo ha terminado, entran a verle nuevamente. ¡Oh, si hablase! Porque a Fomka solo le falta el don de la palabra.

—¡Tiene vómitos! —exclama de pronto una mujer.

—¡Nos han envenenado al pobre Fomka!

—¡Canallas!

—¿Qué mal habías hecho tú?

—Ninguno, mucho bien.

—¡Que la ira de Dios confunda al asesino!

Rodeado de todos el pobre Fomka ha muerto. Ha tenido una muerte horrorosa, indigna de un animal tan noble como él. Antes de morir ha extendido la dulce y vidriosa mirada de sus ojos como despidiéndose hasta el cielo.

¡Porque seguramente existe un cielo reservado para los animales tan buenos como Fomka!

EPÍLOGO

El régimen soviético, ayudado por aquella mujer incomparable, ha hecho el milagro de resucitar aquella aldea donde unos hombres trabajaban en una inconsciencia secular.

Todo es distinto. La mecánica ha sustituido al brazo del hombre que trabajaba la tierra sudoroso, dejándose sobre ella su sangre joven en un esfuerzo agotador.

Aquel campo, en otro tiempo improductivo y estéril, maravilla con las espigas de trigo rebosantes de grános, con sus praderas fertilizadas, húmedas, cuyos arroyos serpentean entre ellas.

Del mismo modo la vida de la aldea se siente feliz. Sus habitantes, pobres gentes que bajo el régimen zarista vivían una vida desolada, rien, cuando la risa en otro tiempo era desconocida en el lugar.

Solo Winkovich siente rencor. Un rencor

sordo por aquella grandeza de la aldea. No trata con ninguno ni ninguno quiere tratar con el burgués, que ha visto intervenida por el Gobierno comunista su gran hacienda, sus pastos y sus granjas...

También ríe Marfa y es su risa un bello poema de bondad.

FIN

EDITORIAL



creadora de **Biblioteca Films**
y **Films de Amor**

Publica siempre las mejores novelas cinematográficas. Pida usted el Catálogo General ilustrado que se remite gratis

Apartado de Correos 707 - Barcelona

EDITORIAL



“ALAS”

creadora de **Ediciones
BIBLIOTECA FILMS**

pone a la venta la más
grande obra realizada por la
cinematografía moderna:

CIMARRÓN

Creación de RICHARD DIX



Las vastas llanuras americanas,
sus enormes pozos de petróleo, las
luchas por desposeer a los indios
de sus terrenos y la ambición
desmedida de los hombres, queda
narrado en **CIMARRÓN** de
una manera magistral y bella.

104 páginas e ilustraciones **UNA** peseta

Editorial “ALAS” - Apartado 707 - Barcelona

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

ha editado

3

grandes
super-

producciones de la cinematografía sonora

**LA ÚLTIMA ORDEN
S V E N G A R Y
C A T O L I C I S M O**

Interpretadas por los maravillosos astros

EMIL JANNINGS

JOHN BARRYMORE

GUSTAV FRÖELICH

Publicados en elegantes tomos de 104
páginas de texto e ilustraciones, UNA pta.

EDITORIAL "ALAS"
Apartado de Correos 707 - Barcelona

